

# la revuelta de las madres<sup>1</sup>

Dora Barrancos<sup>2</sup>

Voy a tratar de ser breve. Es un gusto participar en este acto con Ulises Gorini cuyo libro sobre el Movimiento de las Madres es, creo, una de las piezas más importantes con que contamos quienes trabajamos en el oficio de la historia. Esa contribución es de enorme rigor y también de mucha originalidad.

Ulises, voy a tomar tu guante, aunque lo que acabas de sostener no está muy discutido en tu libro, me refiero al rol materno frente a la conmoción que significa la desaparición de un hijo, de una hija, circunstancia que subleva la condición femenina - de la que el estereotipo espera sólo “reacciones domésticas”-, y la lleva a un escenario público de enorme riesgo para sí. Ulises acaba de decir que no es sólo la maternidad lo que explica el enfrentamiento y es verdad. En el libro *¿De dónde vienen los niños?*, Nora Domínguez ubica en el escenario político, a través de la literatura - y tal vez por eso con más fuerza representativa -, esa voz que toma la palabra que es la voz de la madre a quien el poder omnímodo le ha arrebatado el hijo o la hija. Un poco al revés de lo que dice Ulises, algunas investigaciones importantes se preguntan: ¿Por qué fueron las madres las que salieron a pedir la aparición de sus hijos?

Hay muchos países que han pasado por experiencias tan sombrías como la que nos ocurrió, pero es difícil encontrar a las madres encabezando la pro-

---

(1) Intervención realizada en el acto homenaje del IMFC al Día Internacional de la Mujer y las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo: “Ellas no bailan solas”. El acto tuvo lugar el día 31 de marzo de 2008, en la Sala Solidaridad del Centro Cultural de la Cooperación, y consistió en un homenaje, no sólo a las luchadoras y luchadores por el ejercicio pleno de los derechos humanos, sino también a la gesta protagonizada por las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, al cumplirse 30 años del nacimiento de su lucha.

(2) Licenciada en Sociología y Doctora en Ciencias Humanas. Docente universitaria. Investigadora del CONICET. Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género. Autora de varios libros sobre el tema de género, el último de ellos *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos* editado por Sudamericana en 2007.

---

testa. Es cierto que los signos y señales de nuestro terrorismo de Estado son bastante singulares, sólo comparables a regímenes como el nazismo. En esa comparación hay que pensar en el holocausto y en las tragedias mayoritarias de las sociedades contemporáneas. Porque además este terrorismo se instala alrededor de nuestras viviendas; los campos de concentración en Alemania estaban fuera de los lugares en donde vivía la gente normalmente (aunque algunos se instalaron con cierta proximidad), pero si se visita hoy en día el mapa terrible de esa arqueología se constatará que están afuera de las ciudades. Yo he tenido la impresión directa al conocer Auschwitz y recientemente Ravensbrück, un campo destinado sobre todo a las mujeres. Y para llegar hay que salirse de la ciudad y andar unos cuantos kilómetros. Una colega filósofa cuando estuve en Berlín me dijo: “Te invito a hacer lo que debemos hacer: vamos a ir a Ravensbrück pero luego que nos bajemos en la estación, iremos caminando unos seis kilómetros”. Y en efecto hay que andar kilómetros para dar con la mayoría de esos campos, mientras nuestros centros de concentración estaban en buena parte en las ciudades. Eso identifica la dimensión del horror y de la impunidad, hacerlos contiguos a la vida cotidiana.

Vuelvo a la cuestión que ha planteado Ulises. En algunos lugares ha habido una emulación del movimiento de las Madres. En México hubo un cierto número de desaparecidos, pero ahí se va a manifestar primero un movimiento en torno de los Derechos Humanos, un movimiento político con muy poca captación de madres y de otros familiares directos. Sólo más tarde, las madres mexicanas se pusieron al frente del reclamo. En un seminario, una distinguida investigadora preguntó: “¿Por qué en la Argentina han sido las madres las primeras en peticionar?”. Es una inversión de la pregunta, una alteración de lo que plantea Ulises. Una podría ensayar la siguiente cuestión: no se trata de una “reacción natural”, por el sencillo hecho de que se es madre; la maternidad no es un valor universal. Las feministas y las que hacemos historia sabemos que el instinto de madre no se apega por naturaleza, es una extraordinaria construcción que va aproximando una subjetividad de lo femenino pactada, connotada y apostada desde fines del XVIII, pero incrementada en el siglo XIX. Este es el siglo que sacramenta el instituto de la maternidad. Por muchas razones, hay que pensar que el estatuto de madre, sus deberes tal como hoy los pensamos, en el siglo XII pierden eficacia: los chicos mueren uno tras otro, la vida es muy breve y las madres tienen otros sentimientos que les permiten no desgarrarse frente al dolor de esas pérdidas. Los períodos inter genésicos son muy estrechos. La muerte asecha a los niños; la vida dura 37, 40 años cuando mucho. Las mujeres siempre hemos vivido más (éste era otro problema que tenían los militares, las mujeres iban a durar más!) Entonces, hay que pensar que la afección de

---

la maternidad es un aprendizaje que hemos hecho las mujeres, sobre todos las de clase media - seguramente las primeras enroladas en esa noción que va tomando consistencia, el llamado "instinto de la maternidad"-.

Cuando algunos apóstoles de las tradiciones religiosas dicen "la naturaleza manda", les voy a recordar que la naturaleza es terrible; si en efecto mandara "la naturaleza", la verdad es que tendríamos unos comportamientos aberrantes. La naturaleza no tiene mandato ético, y el mandato ético que hemos construido con nuestro "ser madres" es una cuestión contemporánea. Esas obligaciones que nos damos como madres son una creación reciente, de algunos siglos. Debo decirlo porque a menudo se nos juzga con las reglas de la naturaleza para confrontar nuestros derechos a la maternidad y a la no maternidad, a reproducirnos y a no reproducirnos. Sobre todo cuando sostenemos nuestro derecho a no reproducirnos, se nos reta con esas obligaciones, se nos dice que debemos honrar la tradición de naturaleza para parir. Entonces, el sentimiento de la maternidad tal como lo conocemos hoy, va a crecer, va a fundar sus sentidos a medida que se desarrolla un fenómeno bien conocido, la "transición demográfica", en el que se pone de manifiesto una caída de la natalidad y también una baja de la mortalidad infantil.

Los niños se mueren menos y es evidente que hay una nueva subjetividad de la condición femenina con relación a la maternidad, como también hay cambios en los sentimientos de paternidad, porque tampoco hay un instinto paternal. Bueno, los varones están menos tocados por la cuestión tradicional de tener un instinto de paternidad, felizmente. Hay una instigación al vínculo materno-infantil que se llena de afección positiva, una inspiración para una nueva afectividad que va a crecer fuertemente en el siglo XIX y se va a instalar desde luego con más fuerza entre los sectores medios: En la burguesía es en donde hay mayor expresión de estos sentidos nuevos. Los linajes aristocráticos tienen hijos que a veces ni siquiera ven y no me refiero a situaciones del siglo XVI y XVIII, sino a métodos de crianza que todavía subsisten en muchas casas reales. Son los sectores medios, es la burguesía la que tiene una inspiración muy renovada del sentimiento de la maternidad. Y esto deviene un sentimiento mucho más incorporado a medida que decrece el número de hijos que se tienen. La Argentina es uno de los países de gran significado en lo que atañe a la aludida transición demográfica; tempranamente decrece la mortalidad, decrece la fertilidad y tiene un comportamiento sumamente anticipado, comparado con los otros países de América Latina. México hace pocos años ha ingresado la transición demográfica, Brasil también. Es decir, hace pocos años que las madres de clase media dejan de parir más de cinco chicos. Cuando llegué

---

exiliada a Brasil la gente de mi generación tenía 7, 8 hermanos y la gente de la generación que me seguía tenía 5, 4. Era muy común en la Argentina, especialmente gracias a la inmigración masiva, manifestar un diferencial de fecundidad entre los grupos que tenían alta expectativa de hacerse un lugar en el mundo, de proyectar un futuro para sus hijos. Esto fue una cuestión novedosa en diversas sociedades. En el siglo XVII no se tenía proyecto para los hijos en el sentido que hoy conocemos. Sólo las clases medias, las clases burguesas comienzan a tener proyectos para la crianza de sus hijos e hijas y de ahí vinieron grandes incentivos para las reformas educativas.

La propia maternidad es entonces la que permite interpretar la resistencia frente a la desaparición, lo que justifica la notable conducta de nuestras mujeres de la Plaza, y esta cuestión está íntimamente ligada a aspectos inexorable de género. Porque también hay una situación paradójica, ya que los varones que ejercen el terrorismo de Estado piensan: “A estas mujeres las barremos así nomás”. Porque son mujeres, esto es, una segunda categoría de personas. “Fíjense si estas infelices van a molestar al Estado”, podría haberseles escuchado decir. Por eso sostienen: “Tiene que haber una organización detrás”, de varones por supuesto. Cuando dicen “los montoneros” no aluden precisamente a las chicas montoneras. En ese imaginario del poder que se pregunta “¿estas qué son?”, *no son por ellas mismas, sino mediante una organización que está detrás*. Al mismo tiempo, del lado de las madres que tienen hijos arrebatados - a veces dos o tres -, debe pensarse que ese número significa que son todos, o casi todos los hijos los que se buscan, en suma, la extirpación de recursos extraordinarios de sus vidas. En México, una madre en la misma época tiene 7 hijos sobrevivientes - dos han muerto pequeños -, y la situación subjetiva sin duda es diferente: dos hijas y un varón viven con ella, dos hijos han emigrado a EEUU, uno sólo ha podido ingresar a la universidad – es el primero de la familia-, otro tiene muy poco contacto, otra hija se ha disgustado y ha formado otra familia en otro estado. Hay entonces en esa representación que acabo de hacer, una madre cuyos sentimientos son diferenciales con respecto a su progenie y sus circunstancias, y que está embutida en un contexto vital que no es asimilable a la condición de nuestra experiencia de maternidad en los años 1970.

En la Argentina hubo una expresión general de la sociedad más homogénea, había clases medias y clases obreras con menos contrastes; en México había una situación de clase en donde efectivamente aumentaban las dificultades para tomar la voz. En la Argentina a pesar de las limitaciones que tenía nuestro género, en los '60 hicimos una gran revolución, ingresamos a la universidad masivamente, e ingresamos también a un contagio de subje-

---

tividades nuevas. Queríamos para nosotras un proyecto que efectivamente distinguiera un antes y después, aunque estuviéramos lejos del feminismo.

Por otra parte, en la convulsión que vivíamos en los '60 y '70 en la Argentina había una transpolitización de todos los hogares, y contaré una anécdota personal. Mi mamá, protestante y no conservadora, casada con un liberal de izquierda que era mi padre - más de izquierda que liberal, fue un maestro defensor de los arrendatarios rurales y cesanteado varias veces por "comunista" -, manifestó alta politización. Por esos años, mi hermano y yo comenzamos a militar y también mi madre comenzó a militar a su manera. Se encontraba con María Rosa Oliver junto con mujeres de la iglesia reformada, y con otras que también ponían un tono crítico a las cosas. Un día le dije a mi hermano: "La vieja es la primera que va a caer en cana!". Había una atmósfera general, por tantas razones, muy convocante a la politización, no importa cuán profundo fuera ese fenómeno. La politización es un largo trazo de nuestra convivencia como sociedad, en este país un rabanito es politizable, discutir el precio de la zanahoria es politizable, por no hablar de la soja porque ya ingreso a una vereda en la que no quiero andar.

Debido a tantas cuestiones, a los efectos de la inmigración, a los proyectos que tenían las familias para elevar a sus hijas, a los deseos de una subjetividad femenina consonante con la autonomía - y no había que ser feminista para decir que había cosas que no admitíamos las mujeres en esos años -, se respiraban algunos aires que podían ir suscitando la interpelación al terror que sobrevendría, la movilización de mujeres que de un día a otro se vieron en la plaza. Desconfiando de todo lo político, abjurando de lo político, aprendieron luego que ésa era la avenida principal de la política. Una política que retaba a todas las otras políticas que aparecían menguadas, casi subordinadas.

Creo que fue una decisión extraordinaria valerse del subterfugio de la inferioridad de género, dejar al marido en casa y decirle: "Vos podés tener problemas, mejor yo soy la que voy", porque había un orden de lógicas que se articulaban. El poder omnímodo que reaviva lo más perverso del patriarcado, su expresión más funesta y, al mismo tiempo, esto de hacer funcionar una vez más la condición del ser femenino apocado. Una conjunción de lógicas espejadas: represores que desprecian especialmente la condición femenina que desborda el molde del estereotipo, mujeres que se sirven funcionalmente del estereotipo.

El reto de Ulises es muy interesante, desde luego hay que cruzar maternidad y género, pero sigo pensando que muchas madres no se animaron porque sus condiciones de posibilidad no se lo permitieron; no pocas deben

---

haber quedado presas de los entuertos de género y de la misma manera que la condición humana, aún en circunstancias siniestras, tampoco se mueve de conjunto, debe comprenderse a las rezagadas. La propia clase obrera se ha manifestado sólo a veces en su totalidad, por lo general lo ha hecho de manera parcial. No ha sido el conjunto de la clase obrera lo que se ha constituido como una agencia reivindicativa, de la misma manera que no son resistentes todos los miembros de una etnia humillada. Importa mucho renovar las interpretaciones, y en la medida que haya más investigación historiográfica, más nos acercaremos a un relato plausible. Tenemos por ahora mucha memoria y está bien que tengamos memoria producida por un yo enunciativo. Luego habrá historiografía, y después separaremos la paja del trigo. Pero ahora necesitamos memoria, mucho YO que testimonie cómo fue afectado.

El hecho es que, como dice Ulises, el Movimiento de las Madres es un movimiento que reverbera de manera fuerte para el feminismo, aunque ellas estuvieran lejos de admitirse como feministas. El feminismo puede esgrimir, con la fortaleza de la resistencia de las Madres, un modo de acceder hacia la trascendencia aún bajo el ardid de la maternología. Las Madres de Plaza de Mayo representan en todo caso una axialidad que está en la base de la tesis feminista, la capacidad de salir de lo ordinario, la resistencia para no desistir de la decisión. Estoy completamente segura de que su agencia fue fundamental para la derrocada de la dictadura y no se trata apenas de un homenaje, no es sólo una cuestión de reconocimiento a su heroísmo. Se impone esa conclusión cuando se piensa en esos gestos desesperados convertidos en actos políticos con impacto adentro y afuera, como la política de Derechos Humanos del Presidente Carter.

Me animo a decir que en este nuevo aniversario de las grandes luchas de las mujeres, el déficit de la sociedad con todas nosotras es muy grande y no se resuelve con el reconocimiento superlativo a nuestras Madres. Las madres quieren una réplica mayor. Invito muy calurosamente a que los varones comprendan la mengua de derechos que todavía sufre cualquier mujer. La rica tiene un poco más, pero no se crean, es igualmente acosada, golpeada, y en algún country hasta la eliminan. Debe pensarse que cualquier mujer es aún un ser padeciente y que nos falta mucho todavía para igualarnos en derechos. Vamos entonces por muchas prerrogativas, y permítanme cerrar con una expresión reivindicativa, el derecho al aborto. Tratándose de un homenaje a las Madres, y a las Abuelas, es imprescindible abogar por una vida digna en opciones, por el respeto de nuestros cuerpos, por que los crímenes no se perpetúen en las miles de mujeres que mueren por abortos clandestinos.